

cielo, dió tregua é impuso silencio al odioso estrépito de la guerra. Vencidos y vencedores se guarecieron bajo su tenebroso manto; Miguel y sus ángeles permanecieron en el campo de batalla, en torno del cual velaban multitud de querubines con antorchas encendidas; en la parte más lejana Satan, rodeado de sus rebeldes huestes y oculto entre profundas tinieblas; y no pudiendo reposar un punto, luego que entró la noche, convocó á consejo á sus potentados, y sin muestra alguna de desaliento, les habló así:

«Los peligros que habeis arrojado, queridos compañeros, la destreza de que habeis dado pruebas sin ser vencidos, os hacen merecedores, no ya de la libertad, que es galardón mezquino, sino de bienes que tenemos en más estima, del honor, el dominio, la gloria y el renombre. Todo un día habeis estado sosteniendo un combate dudoso; y lo que en un día habeis hecho ¿por qué no poder hacerlo durante una eternidad? Ha echado mano el Señor del cielo de cuanto poder disponia contra vosotros; de su mismo trono ha sacado las fuerzas que creyó suficientes para someteros á su voluntad; pero ¿lo han conseguido? No; y en esto debemos hallar la prueba de que no es tan previsor de lo futuro ni tan omnisciente como le creíamos. Ciertamente que la inferioridad de nuestras armas nos ha perjudicado en parte y ocasionádonos dolores que ántes no conocíamos; pero una vez conocidos, los hemos menospreciado. Tenemos ya el convencimiento de que nuestra naturaleza empírea no está sujeta á trance mortal alguno, de que es imperecedera, pues aun debilitada por las heridas, sana muy pronto de ellas, y vuelve á cobrar su vigor nativo. Á tan leve mal, fácil es aplicar remedio. Con más poderosas armas, con instrumentos más impetuosos que para la lid próxima dispongamos, mejoraremos de fortuna y empeoraremos la de los enemigos, ó por lo ménos se igualará la disparidad que seguramente no ha puesto entre ellos y nosotros la naturaleza. Y si otra causá ignorada les ha concedido esa superioridad, pues conservamos enteros nuestros ánimos y cabal nuestra inteligencia, veamos é investiguemos los medios de descubrirla.»

»Dijo, y se sentó. Próximo á él estaba en la asamblea Nisroc, cabeza de los Principados, que habia salido del combate acribillado de heridas y con las armas abolladas y hechas pedazos. Mostraba gesto sombrío, y le respondió:

«Tú que nos libras de nueva servidumbre para procurarnos el pacífico goce de los derechos que como dioses nos son debidos, no dejas de comprender que siendo tales hemos de lamentar doblemente el vernos expuestos á dolorosas



MIGUEL Y SUS ÁNGELES PERMANECIERON EN EL CAMPO DE BATALLA....

heridas, y forzados á pelear con desiguales armas contra un enemigo impasible é invulnerable. De esta contrariedad necesariamente ha de provenir nuestra ruina; porque ¿de qué nos sirve el valor, ni de qué esta fuerza tan vigorosa, si uno y otra ceden al dolor, que lo rinde todo y deja desmayado al más poderoso brazo? Podríamos muy bien renunciar quizás al goce de todo placer, y no prorumpir en quejas, y vivir tranquilos, que es la más dulce de las vidas; pero el dolor es el colmo de la miseria, el peor de los males, y cuando se hace excesivo, no hay paciencia que baste á soportarlo. Si alguno de nosotros acierta á inventar un arma que produzca dolorosa lesion en nuestros enemigos, invulnerables todavía, ó una defensa tan eficaz como lo es la suya, me prestará un servicio no ménos digno de gratitud que el que debemos al que nos procura la libertad.»

»Á lo que con estudiada compostura respondió Satan: «Pues ese invento desconocido áun, y que con razon estimas tan importante para nuestro triunfo, lo tengo ya. ¿Quién de nosotros, al contemplar la brillante superficie de este mundo celeste en que moramos, de este vastísimo continente, ornado de plantas, de frutos, de flores que exhalan ambrosia, de perlas y oro, puede ver con indiferencia maravillas tantas, y no conocer que nacen allá en lo interior de profundos senos, entre negras y crudas masas, de una espuma espirituosa é ignea, hasta que tocadas y vivificadas por un rayo del cielo, se animan de pronto y exponen sus encantos á la influencia de la luz? Pues esos mismos gérmenes nos ofrecerá el abismo en su natural inercia y provistos de una llama infernal; los cuales comprimidos en tubos huecos, redondos y prolongados, con solo aplicarles fuego por una de sus extremidades, se dilatarán ardiendo, y estallarán por fin con el estruendo del trueno, esparciendo entre nuestros enemigos tal estrago, que despedazándolos y destruyendó quanto á su furor traten de oponer, temerán que hemos desarmado al Tonante de sus rayos, única arma terrible para nosotros. No será larga nuestra faena, y ántes que asome el día, veremos cumplidos nuestros deseos. ¡Ánimo pues; nada temais! Considerad que la habilidad y la fuerza reunidas no hallan cosa difícil, y ménos cosa de que desesperar.»

»No bien pronunció estas palabras, reanimáronse los semblantes, y se abrieron los corazones á la esperanza. Admiracion causó en todos semejante invento, extrañando cada cual que no se le hubiese ocurrido á él: tan fácil parece una vez descubierto lo que ántes de descubrirse se hubiera tenido por imposible. Quizá en los futuros siglos, si la perversidad de tu raza llega á tanto, no faltará alguno

de tus descendientes que con ánimo dañino ó por sugestion diabólica fragüe una máquina parecida, y en castigo de sus crímenes destruya á los hijos de los hombres al moverse guerra y atentar mutuamente contra sus vidas.

»Terminado el consejo, aprestáronse los rebeldes á la obra sin más tardanza. Nadie opuso reparo alguno, y todos dieron ocupacion á sus manos. En un momento levantan la superficie del celeste suelo, descubren debajo las materias elementales de la naturaleza en su primitivo origen, hallan la espuma sulfurosa y nítrica, mezclan ambas entre sí, y calcinándolas diestramente, las reducen á negros y menudos granos, de que hacen provision copiosa. Rompen unos las ocultas venas de los minerales y de las rocas, que existen en el cielo semejantes á las de la tierra, y forjan tubos y balas que llevan consigo la destruccion; otros fabrican dardos incendiarios, que abrasan instantáneamente cuanto tocan; y ántes que se acerque el día, durante el secreto de la noche, dan cima á sus trabajos, y con gran prevision disponen todo lo necesario á su disimulada empresa.

»Apareció por fin en el oriente del cielo la risueña aurora, y se levantaron los ángeles vencedores al toque de la trompeta que los llamaba á las armas, formándose en breve las espléndidas falanges, que ostentaban el áureo fulgor de sus brillantes cotas. Desde las colinas que recibian los primeros rayos del sol, espian algunos el espacio que en torno se dilatava, mientras, desempeñando otros el oficio de exploradores, recorrian lijeramente armados todos los puntos, para averiguar á qué distancia se hallaba el enemigo, dónde estaba acampado, si habia emprendido la fuga, si se ponía en movimiento ó se conservaba inmóvil y apercebido para el combate. Descubriósele por fin ya cercano, que avanzaba á paso lento, pero resueltamente, formando una sola y espesa haz y desplegando al viento sus estandartes; á tiempo que Zofiel, el más veloz de los alados querubines, retrocedía á toda priesa, gritando desde lo alto de los aires: «¡A las armas, guerreros! ¡A las armas, y á combatir! ¡Ahi teneis al enemigo! Los que creiamos que se habian fugado vienen á evitarnos la molestia de perseguirlos. No temais que por fin se salven. Una nube parece su espesa multitud, y que caminan animados de funesta resolucion y de confianza. Que cada cual ciña su cota de diamante, y ajuste bien su casco y embrace fuertemente su ancho escudo para poder manejarlo como convenga, pues á mi juicio no va á ser hoy día de menuda lluvia, sino de gran tormenta, que fulminará rayos abrasadores.»

»De esta suerte preparó á los que estaban ya prevenidos; y puestos en orden,